

LA TIERRA LLORA

LA AMARGA HISTORIA
DE LAS GUERRAS INDIAS
POR LA CONQUISTA DEL OESTE

Peter Cozzens



«Una visión equilibrada es lo que busca Cozzens en este detallado relato de matanzas indiscriminadas, cadáveres calcinados, tratados quebrantados y traición generalizada [...] Cozzens consigue, de forma admirable, retratar las Guerras Indias con un agudo rigor histórico. Ya se discuta la caótica batalla del Washita en la actual Oklahoma, ya las escaramuzas de Custer con la coalición lakota de Toro Sentado o la rendición de Jefe José de los nez percés, Cozzens demuestra su vasto conocimiento de la historia militar norteamericana».

Douglas Brinkley, *The New York Times Book Review*

«Un magnífico relato en un solo volumen sobre los conflictos posteriores a la Guerra de Secesión que conformaron nuestra historia y sobre la mitología de la frontera [...] Al examinar las distintas tribus y subgrupos que las componían, Cozzens realiza una admirable tarea al transmitirnos su complejidad y divisiones políticas. Es esta una obra de bella escritura, de comprensión y de compasión, todo un tesoro tanto para el público general como para el especializado».

Jay Freeman, *Booklist*

«Un valioso aporte [...] Recorre veinticinco años de políticas indias en Estados Unidos, ofrece un nítido relato de las batallas e incursiones y retrata a generales y jefes, soldados de infantería y guerreros. Aunque Cozzens no diga que escribió *La tierra llora* para desbancar a *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, sí expresa su esperanza de que aporte equilibrio y una mejor comprensión de las Guerras Indias del Oeste americano. Y bien que lo consigue».

John B. Saul, *The Seattle Times*

«Un volumen imparcial y escrito con fluidez cuyo alcance resulta tan ambicioso como el de *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*».

Andrew Graybill, *The American Scholar*

«Peter Cozzens nos recuerda que la tragedia, y no el melodrama, es lo que mejor define la lucha por el Oeste norteamericano [...]

La tierra llora es la historia más lúcida y fidedigna sobre las Guerras Indias que yo recuerde».

Victor Davis Hanson, autor de *Matanza y cultura*

«De una intensidad abrasadora [...] Una prosa vigorosa y potente que ofrece nítidos retratos de los hombres de guerra. Es una obra de historia narrativa de gran envergadura que sintetiza el trabajo de incontables historiadores [...] y reconoce episodios de nobleza y humanidad en medio de esta tragedia épica. Sin insinuar falsas equivalencias, Cozzens enfatiza la enmarañada complejidad de la historia».

Dan Cryer, *The San Francisco Chronicle*

«Una mirada exhaustiva [...] Una exposición notable y rigurosa [...] La estructura del libro permite que las líneas temporales se entrelacen con el contexto para hacer de una materia pesada algo extraordinariamente ameno y que da que pensar. Cozzens [...] se toma a pecho sus propias palabras de advertencia sobre los mitos que han impregnado la cultura popular [...] Este es un libro de historia, pero también es una obra contemporánea, repleto de ironías acerca de lo no tan diferentes que somos de los hombres del Oeste del siglo XIX».

Erin H. Turner, *Big Sky Journal*

«Una valiosa panorámica [...] Una traición de niveles épicos como esta puede contarse muchas veces y en este relato destaca por su impresionante alcance y nivel de detalle».

Priyanka Kumar, *The Washington Post*

«El veterano historiador Cozzens aúna energía y un formidable dominio de la época cuando escribe tanto sobre personajes como sobre política o sangrientos enfrentamientos [...] Hace plena justicia a la complejidad de esta historia».

Matthew Price, *Newsday*

LA TIERRA LLORA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

LA TIERRA LLORA

LA AMARGA HISTORIA
DE LAS GUERRAS INDIAS
POR LA CONQUISTA DEL OESTE

Peter Cozzens



La tierra llora / Cozzens, Peter [traducción de Rocío Moriones Alonso].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 624 p. ; 23,5 cm – (Historia Contemporánea) – 1.ª ed.
D.L.: M-27190-2017
ISBN: 978-84-946275-8-3
94(73) (78) 341.39
81'373.234(=81/=82)

LA TIERRA LLORA

La amarga historia de las Guerras Indias por la Conquista del Oeste

Peter Cozzens

Título original:

The Earth is Weeping

The Epic Story of the Indian Wars for the American West

First published by Alfred P. Knopf

This translation publishing by arrangement with Alfred P. Knopf, an imprint of The Knopf Double Day Group, a division of Penguin Random House, LLC.

All rights reserved

Esta traducción se publica según el acuerdo con Alfred P. Knopf, sello de The Knopf Double Day Group, división de Penguin Random House, LLC.

Todos los derechos reservados

© 2016 by Peter Cozzens

ISBN: 978-0-307-95804-4

© de esta edición:

La tierra llora

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-946275-8-3

D.L.: M-27190-2017

Traducción: Rocío Moriones Alonso

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Revisión técnica y de estilo: Alberto Pérez Rubio

Primera edición: noviembre 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Antonia

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Si al hombre blanco le arrebatan las tierras, la civilización justifica que este se resista al invasor. La civilización hace algo más: si se somete a la injusticia, lo llama cobarde y esclavo. Si el salvaje se resiste, la civilización, con los Diez Mandamientos en una mano y la espada en la otra, pide su exterminio inmediato.

Informe de los Comisionados de Paz Indios, 1868

Recuerdo que los blancos venían a luchar contra nosotros y nos quitaban nuestras tierras, y yo pensaba que eso no estaba bien. Nosotros también somos humanos y Dios nos ha creado a todos iguales, y yo iba a hacer todo lo que pudiera para defender a mi pueblo. Por lo que emprendí el sendero de la guerra cuando tenía dieciséis años.

Trueno de Fuego (Fire Thunder), guerrero cheyene

Hemos oído hablar mucho acerca de la astucia del indio. En cuanto a astucia, promesas rotas por parte de los altos oficiales, mentiras, robos, matanzas de mujeres y niños indefensos, así como cualquier crimen dentro del catálogo de la crueldad del hombre contra el hombre, el indio no era más que un mero principiante comparado con el «noble hombre blanco».

Teniente Britton Davis, Ejército de los Estados Unidos



ÍNDICE

Agradecimientos	XI
Cronología	XIX
Prólogo: A veces nuestros muchachos se portan mal	XXIII

PRIMERA PARTE

1 Arden las llanuras	3
2 La Guerra de Nube Roja	23
3 Guerrero y soldado	41
4 La guerra de Hancock	61
5 El último tratado	75
6 El glorioso <i>Garryowen</i>	95
7 La sangrienta política de paz	127

SEGUNDA PARTE

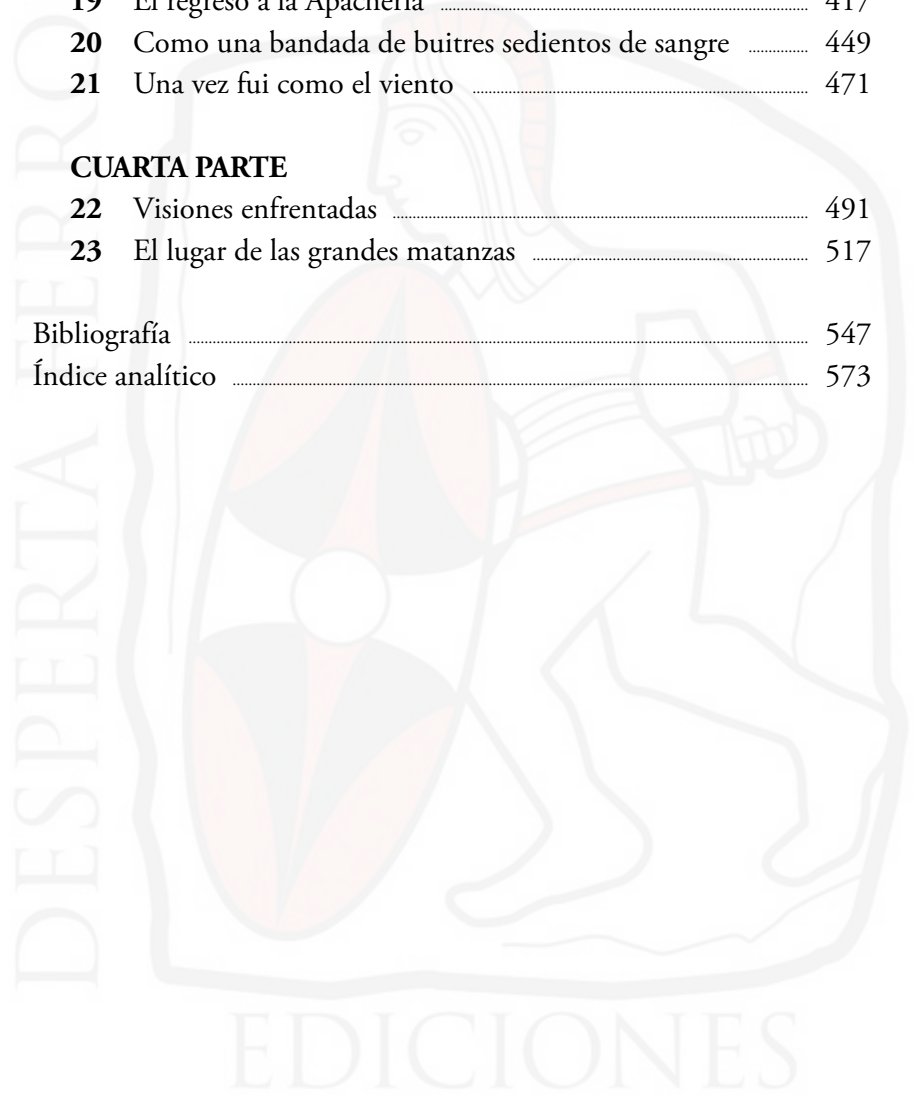
8 Tragedia en Lava Beds	153
9 La guerra del búfalo	173
10 Sin descanso ni paz	195
11 Toro Sentado y Caballo Loco	215
12 La ruta de los ladrones	235
13 Líbranos de todos los males	249
14 Hasta el último cartucho	289
15 La ira del Gran Padre	313
16 Un guerrero he sido	347

TERCERA PARTE

17	Ya no volveré a luchar más para siempre	365
18	¡Los utes tienen que irse!	397
19	El regreso a la Apachería	417
20	Como una bandada de buitres sedientos de sangre	449
21	Una vez fui como el viento	471

CUARTA PARTE

22	Visiones enfrentadas	491
23	El lugar de las grandes matanzas	517
Bibliografía		547
Índice analítico		573



AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar mi más sincera gratitud a los historiadores S. C. Gwynne, James Donovan, Edwin R. Sweeney y Mark Bradley, así como al director de cine Daniel Ostroff, por su lectura cuidadosa del manuscrito y por las muchas y valiosas sugerencias que me hicieron para mejorarlo.

Quiero agradecer a Peter Brown, antiguo director de History America Tours, que organizara para mí una ruta personal de cinco días por los escenarios de las Guerras Indias en el norte de Texas y el sudoeste de Oklahoma. Fue una aventura que nunca olvidaré. Peter también me presentó a Ken y Cheri Graves, cuyo rancho Red Fork se encuentra situado en el lugar en el que sucedió la lucha de Cuchillo Romo (Dull Knife). Cheri compartió, con gran generosidad, todo el conocimiento que atesora sobre la batalla y me regaló un fantástico recorrido por el terreno. Asimismo, me gustaría dar las gracias a Keith Herrin, de la US Cavalry School, que me invitó a un viaje guiado al escenario del campo de batalla de Little Bighorn, que contribuyó a que comprendiera mucho mejor el combate.

Estoy profundamente agradecido a mi agente literaria, Deborah Grosvenor, por apoyarme en este proyecto desde un principio y por las ideas y críticas que me ha ofrecido a lo largo del proceso. He aprendido mucho de ella. Mi editor de Knopf, Andrew J. Miller, me brindó una ayuda inestimable. Me mantuvo enfocado y concentrado en la escritura, lo cual ha hecho que este libro sea mucho mejor de lo que, de otro modo, habría sido. También le estoy muy agradecido a Ingrid Sterner, una fantástica correctora cuya diligencia me libró de muchos errores. La deuda más profunda la tengo con mi mujer, Antonia, que no dejó de confiar en mí cuando yo dudaba y que me apoyó de forma constante durante los cuatro años que dediqué a escribir este libro.

PRÓLOGO

A VECES NUESTROS MUCHACHOS SE PORTAN MAL

En 1863, los patrocinadores del Museo Americano de P. T. Barnum estaban de enhorabuena. Por veinticinco centavos tenían la ocasión de ver a once jefes indios de las llanuras recién llegados a Nueva York para visitar al Gran Padre, el presidente Abraham Lincoln. No se trataba de los «pieles rojas vagabundos y borrachos de las reservas del este, sacados del montón» que Barnum acostumbraba a presentar al público, aseguraba *The New York Times* a sus lectores. Eran cheyenes, arapahoes, kiowas y comanches; «nómadas de los más remotos valles de las Montañas Rocosas». Barnum prometía tres actuaciones diarias, pero por un periodo muy limitado. «Vengan ahora o será demasiado tarde —anunciaba el gran empresario—; están echando de menos sus verdes praderas y sus hogares en los bosques salvajes, de modo que o los ven ahora o no lo harán nunca».¹

Barnum tentaba a los neoyorquinos con extravagantes avances. Iba con los indios por las calles de Manhattan en un gran carruaje precedido por una banda de música. El gran *showman* y los jefes hacían paradas en los colegios, donde los niños realizaban calistenias y entonaban canciones para ellos. A pesar de que los periódicos reaccionaron con divertidas chanzas, los indios cautivaron al público. Las multitudes acudían en masa al teatro de cuatro pisos de Barnum, situado en la galería de la calle Broadway, para ver representaciones de *pow-wow*, o asambleas indias. Los jefes no decían apenas nada, pero sus rostros pintados, sus largas trenzas, sus camisas de ante y sus pantalones adornados con cuero cabelludo entusiasmaban al público. El último día de función, el 18 de abril, el jefe Oso Flaco (Lean Bear) de los cheyenes del sur se despidió de los neoyorquinos de parte de la delegación.²

Oso Flaco era miembro del Consejo de los Cuarenta y Cuatro, el órgano rector del pueblo cheyene. Los jefes del consejo eran pacificadores, estaban obligados por la tradición tribal a impedir en todo momen-

to que la pasión se impusiera a la razón, y a actuar siempre en aras del máximo provecho de la tribu, lo que, en 1863, para los jefes cheyenes más ancianos, se traducía en mantener unas relaciones amistosas con la creciente población blanca del Territorio de Colorado, que invadía sus ya mermadas tierras de caza. No obstante, en Washington estaban preocupados. Se rumoreaba que los agentes confederados circulaban por las Llanuras Indias, para intentar incitarlos a la guerra. Para contrarrestar la amenaza (que, en realidad, era infundada por completo) y suavizar las diferencias con las tribus, la Oficina de Asuntos Indios había organizado la visita al Gran Padre de Oso Flaco y otros diez jefes. Los acompañaba el agente para los Asuntos Indios, Samuel G. Colley, y su intérprete blanco.

La mañana del 26 de marzo de 1863, dos semanas antes de la inauguración de su gran espectáculo en Nueva York, los indios, su agente y su intérprete habían entrado en fila en el ala este de la Casa Blanca tras pasar a través de una multitud cuchicheante de secretarios de gabinete, diplomáticos extranjeros y eminentes buscadores de curiosidades. «Con esa dignidad e indolencia característica de los estoicos de los bosques —relató un periodista de Washington a sus lectores—, se sentaron sobre la alfombra en semicírculo mientras guardaban silencio, con aire de ser conscientes de la imagen de grandeza que ofrecían, y de estar bastante satisfechos del esplendor de sus propios adornos y colorido».³

Tras quince minutos de espera, el presidente Lincoln entró en la habitación a grandes zancadas y preguntó a los jefes si tenían algo que decir. Oso Flaco se levantó. La multitud de dignatarios se apiñó a su alrededor y, por un momento, Oso Flaco perdió la compostura. El jefe balbuceó que tenía mucho que decir, pero que estaba tan nervioso que necesitaba una silla. Trajeron dos asientos y Lincoln se sentó frente al jefe. Oso Flaco, sujetando su larga pipa, comenzó a hablar, titubeante en un principio, pero después, con creciente elocuencia. Dijo a Lincoln que su invitación había recorrido un largo camino hasta llegar a ellos, y que los jefes habían realizado un largo viaje para oír su consejo. A pesar de que no tenía bolsillos en los que guardar las palabras del Gran Padre, las atesoraría en su corazón y se las transmitiría fielmente a su pueblo.

El jefe indio se dirigió a Lincoln como un igual. El presidente —aseveró—, vivía con magnificencia en una tienda mucho más grande que la suya, sin embargo, Oso Flaco, al igual que el presidente, era en su tierra un gran jefe. El Gran Padre debía aconsejar a sus muchachos blancos que se abstuvieran de realizar actos violentos, para que tanto indios como blancos pudieran viajar por las llanuras con seguridad.

Oso Flaco, además, condenó la guerra del hombre blanco que, en ese momento, estaba arrasando el este y rezó por que llegara a su fin. Al concluir recordó a Lincoln que, puesto que todos ellos eran jefes de sus respectivos pueblos, él y el resto de representantes indios debían regresar a casa; por tanto, pidió al presidente que acelerara su partida.⁴

A continuación, tomó la palabra Lincoln. Comenzó, con una jovial pero marcada condescendencia, hablando a los jefes de maravillas inimaginables para ellos, de las «gentes de rostro pálido» presentes en aquella sala que habían acudido desde lejanos países, de la tierra, que era una «pelota redonda y grande rebosante de blancos». Pidió un globo terráqueo e hizo que un profesor les mostrara el océano y los continentes, las numerosas naciones habitadas por blancos, y, al final, la amplia franja beis que representaba las Grandes Llanuras de los Estados Unidos.

Completada la lección de geografía, Lincoln adoptó un tono más grave. «Me habéis pedido consejo. Lo único que os puedo decir es que no veo modo alguno en que vuestra raza pueda llegar a ser tan numerosa y próspera como la raza blanca, excepto si vivís igual que ella, cultivando la tierra. El objetivo de este gobierno —continuó Lincoln—, es vivir en paz con vosotros y con todos nuestros hermanos pieles rojas, y si nuestros muchachos a veces se comportan mal y violan los tratados, es contra nuestra voluntad. Ya sabéis —añadió—, un padre no siempre logra que sus hijos le obedezcan». El presidente dijo que un empleado llamado el comisionado de Asuntos Indios se encargaría de su pronto regreso al oeste. Entregaron a los jefes medallas de la paz de cobre bañadas en bronce y documentos firmados por Lincoln que certificaban su amistad con el gobierno, tras lo cual Oso Flaco dio las gracias al presidente y concluyó el consejo.⁵

No obstante, la estancia de los jefes en Washington no terminó con el encuentro en la Casa Blanca. Como si su viaje al este no hubiera sido suficiente para demostrar el poder del pueblo blanco, durante diez días el comisionado de Asuntos Indios no dejó de pasear a la delegación por los edificios gubernamentales y los fuertes militares. El agente Colley aceptó la invitación de P. T. Barnum a Nueva York. Para cuando los indios subieron al tren a Denver el 30 de abril de 1863, habían estado casi un mes en las ciudades blancas.⁶



El compromiso de paz del presidente Lincoln cayó en saco roto en el Territorio de Colorado, donde la idea de amistad interracial del gobernador

John Evans consistía en confinar a los cheyenes en una reserva pequeña y árida. A pesar de que tres años antes habían firmado un tratado en el que aceptaban vivir en una reserva, Oso Flaco y los otros jefes pacificadores no podían obligar a su pueblo a renunciar a su libertad. Los grupos de cazadores cheyenes deambulaban por el este de Colorado y las despobladas llanuras del oeste de Kansas tal como habían hecho siempre. No causaban daño a ningún blanco; de hecho, los cheyenes se consideraban en paz con sus vecinos blancos, pero, a pesar de ello, a los habitantes de Colorado su presencia les resultaba intolerable. El gobernador Evans y el comandante del distrito militar, el coronel John Chivington, el cual tenía sus propias ambiciones políticas en Colorado, utilizaron, como excusa para declarar la guerra a la tribu, unos dudosos informes que denunciaban el robo de ganado por cheyenes hambrientos. A principios de abril de 1864, Chivington ordenó a la caballería que se dispersara por el oeste de Kansas y matara a los cheyenes «donde y cuando los encontrara».

Oso Flaco y su compañero jefe de paz Caldera Negra (Black Kettle) habían pasado el invierno y el inicio de la primavera tranquilos cerca de Fort Larned, en Kansas, donde comerciaron con pieles de bison. En ese momento, los mensajeros de la tribu les anunciaron el inminente peligro. Los dos jefes indios hicieron, entonces, regresar a sus grupos de cazadores y pusieron a su pueblo en marcha hacia el norte, para estar más protegidos junto a los grupos cheyenes reunidos en el río Smoky Hill. Sin embargo, el ejército los encontró antes.

La noche del 15 de mayo de 1864, Oso Flaco y Caldera Negra acamparon a la vera de un arroyo embarrado flanqueado por álamos, cinco kilómetros al norte del Smoky Hill. Al amanecer, los cazadores se dispersaron por la llanura abierta en busca de búfalos. Al poco tiempo, regresaron azuzando a sus caballos en dirección a la tienda del voceador del campamento. Habían divisado en el horizonte cuatro columnas de soldados a caballo, y las tropas tenían cañones. Mientras el voceador despertaba al poblado, Oso Flaco se adelantó con una pequeña escolta para encontrarse con los soldados. Llevaba bien visible sobre el pecho la medalla del presidente Lincoln y, en la mano, los documentos de paz de Washington. Desde lo alto de un pequeño promontorio, Oso Flaco vio a los soldados de caballería al tiempo que ellos le vieron a él. El comandante ordenó a sus ochenta y cuatro hombres que se dispusieran en línea de combate con sus dos obuses de montaña. Detrás del jefe indio se agruparon con cautela cuatrocientos guerreros del poblado.⁷

Oso Flaco se adelantó a caballo y un sargento se acercó a medio galope hacia él. Al jefe no le debió parecer que hubiera peligro alguno. Al fin

y al cabo, él y el Gran Padre habían acordado una paz mutua. Le habían recibido dignatarios de todo el mundo en la Casa Blanca. Los oficiales del ejército y de los fuertes de alrededor de Washington habían sido amables y respetuosos. La gente de Nueva York le había rendido honores. Tenía su medalla y los papeles de la paz para demostrar que era amigo del hombre blanco. Pero las Grandes Llanuras eran un mundo aparte.

Oso Flaco se encontraba a tan solo nueve metros de los soldados, cuando estos abrieron fuego. El jefe murió antes de caer al suelo. Al disiparse el humo, varios soldados rompieron filas y descargaron más balas sobre su cadáver. Tal como le había advertido Lincoln, a veces sus muchachos se portaban mal.⁸



En cierta ocasión, un periodista preguntó a George Crook, uno de los grandes generales del Oeste, qué le parecía su trabajo. Respondió que resultaba difícil verse obligado a luchar contra los indios, quienes, en la mayoría de las ocasiones, tenían razón.

No me extraña, y es probable que a usted tampoco, que cuando los indios ven a sus mujeres y a sus hijos morir de hambre y cómo les arrebatan sus últimas fuentes de alimento, se dispongan a luchar. Y entonces nos envían a nosotros allí a matarlos. Es una atrocidad. Todas las tribus cuentan la misma historia. Están rodeados por todas partes, el juego consiste en eliminarlos o echarlos, se les deja que mueran de hambre, y solo les queda una cosa por hacer: luchar mientras puedan. El modo en que tratamos a los indios es un escándalo.⁹

El hecho de que un general hiciera una defensa pública de los indios tan sincera y contundente parece inverosímil, porque contradice el impercedero mito de que el ejército regular era el enemigo implacable del indio.

En efecto, no hay ninguna otra época de la historia de los Estados Unidos que esté tan mitificada como la era de las Guerras Indias del Oeste americano. Durante ciento veinticinco años, buena parte de la historia popular y académica, del cine y de la literatura han descrito este periodo como una lucha palmaria entre el bien y el mal, invirtiendo los papeles de los héroes y los villanos según conviniera para acomodarse a una tornadiza conciencia nacional.

En los primeros ochenta años que siguieron a la tragedia de Wounded Knee, que marcó el final de la resistencia india, el país idealizó la imagen de aquellos que luchaban contra los indios y de los colonos blancos, y denigró o menospreció a los indios que se les opusieron. La imagen del ejército era la de un conjunto de fulgentes caballeros al servicio de un gobierno iluminado dedicado a la tarea de conquistar la tierra salvaje, así como a «civilizar» el Oeste y a sus habitantes americanos nativos.

En 1970, la historia se invirtió, y el péndulo osciló hacia el extremo opuesto. Los norteamericanos comenzaron a desarrollar una fuerte conciencia de los innumerables daños que habían causado a los indios. El libro de Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee* [ed. en esp.: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*], escrito con elegancia y forjado con pasión y, a continuación, ese mismo año, la película *Little Big Man* [en esp.: *Pequeño gran hombre*], conformaron una nueva saga que dio voz a los sentimientos de culpa del país. La opinión pública comenzó a ver al Gobierno y al ejército de las últimas décadas del siglo XIX como recalitrantes exterminadores de los pueblos nativos del Oeste. (En realidad, la respuesta del Gobierno a lo que se solía denominar el «problema indio» no fue uniforme, y, a pesar de que hubo masacres y de que se incumplieron algunos tratados, el Gobierno federal nunca se planteó el exterminio. No obstante, se dio por hecho que puesto que los indios sobrevivirían, habría que erradicar la forma de vida india).

Bury My Heart at Wounded Knee aún tiene una profunda influencia en el modo en que los norteamericanos perciben las Guerras Indias, y todavía es el modelo de obra popular sobre esa época. Resulta, al tiempo, paradójico y extraordinario que un periodo tan crucial de nuestra historia se siga definiendo, en gran medida, por una obra que no buscaba el equilibrio histórico. Dee Brown estableció como objetivo expreso de su libro la presentación de la «conquista del Oeste americano tal como la experimentaron sus víctimas», de ahí el subtítulo del libro «Una historia india del Oeste americano». El concepto de Brown de víctimas era muy limitado. Algunas tribus, en especial los shoshones, los crows, y los pawnees, se aliaron con los blancos. *Bury My Heart at Wounded Knee* menospreció a esas tribus como «mercenarias», sin intentar comprenderlas o explicar sus motivos. Esos indios, al igual que el ejército y el Gobierno, se convirtieron en figuras de cartón, meros accesorios de las «víctimas» del relato.

El estudio de la historia con un enfoque tan parcial no resulta, en modo alguno, beneficioso, ya que resulta imposible juzgar con honradez

la verdadera injusticia causada a los indios o el auténtico papel del ejército en esa época trágica sin tener un conocimiento completo y matizado tanto del punto de vista blanco como del de los indios. Por lo tanto, mi intención al escribir este libro ha sido ofrecer un equilibrio histórico a la crónica de las Guerras Indias. No me decido a utilizar la palabra «restaurar» al hablar de equilibrio, ya que lo que ha caracterizado a la visión de esta cuestión por parte de la sociedad desde el cierre de la frontera militar en 1891 ha sido la oscilación del péndulo.

La gran cantidad de fuentes primarias indias que tenemos a nuestra disposición desde la publicación de *Bury My Heart at Wounded Knee* han resultado de inestimable ayuda para mi trabajo. Me han permitido contar la historia tanto a través de las palabras de los indios como de los participantes blancos, y, gracias a una comprensión más profunda de todas las partes implicadas en el conflicto, he podido enfrentarme mejor a los numerosos mitos, ideas erróneas y falsedades que rodean a las Guerras Indias.

Un mito tan persistente como el de un ejército hostil a los indios por naturaleza es el de una resistencia india unida frente a la intrusión blanca. Ninguna tribu famosa por luchar contra el Gobierno estuvo nunca unida, ni en la guerra ni en la paz. Reinó una gran división por bandos, que hacía que cada tribu tuviera sus facciones de guerra y de paz que luchaban y se enfrentaban entre sí por el dominio, en ocasiones, de forma violenta. Uno de los defensores más comprometidos de la reconciliación pacífica con los blancos pagó sus ideas con su vida, ya que un contrariado miembro de la facción de guerra de la tribu lo envenenó.

La unanimidad solo existió entre las tribus que aceptaron la invasión blanca. Algunos jefes influyentes, como Washakie, de los shoshones, vieron al gobierno como garante de la supervivencia de su pueblo frente a otras tribus enemigas más poderosas. Los shoshones, los crows, y los pawnees resultaron ser inestimables aliados del ejército en la guerra, en consonancia con el dicho que afirma que el enemigo de mi enemigo es mi amigo.

Los indios no solo fueron incapaces de unirse para hacer frente a la expansión hacia el oeste de la «civilización», sino que también continuaron luchando entre sí. No hubo un sentido de «indianidad» hasta que ya fue demasiado tarde, y entonces llegó, pero de forma muy tenue, a través de una fe milenaria que solo provocó derramamiento de sangre, horror y esperanzas rotas.

El conflicto intertribal fue, en parte, consecuencia de un hecho que nunca se ha tenido en cuenta, pero que veremos a lo largo de este

libro: las guerras entre los indios y el gobierno por las llanuras del norte, el territorio en el que tuvieron lugar las luchas más largas y sangrientas, supusieron, más que la destrucción de una forma de vida profundamente arraigada, el desplazamiento de un pueblo inmigrante por otro. Una década después del asesinato de Oso Flaco, un oficial del ejército preguntó a un jefe cheyene por qué su tribu robaba a los vecinos crows. Respondió: «Robamos las tierras de caza de los crows porque eran las mejores. Queríamos más espacio».¹⁰ Este era un sentimiento que los habitantes de Colorado dispuestos a expulsar de aquel territorio a los cheyenes podían comprender a la perfección.

NOTAS

1. *New York Times*, 11 de abril de 1863.
2. *New York Times*, 8 y 11 de abril de 1863. Ver también Hoig, S., 1980, 74.
3. *Washington Evening Star*, 27 de marzo de 1863.
4. *Washington Daily Intelligencer*, 27 de marzo de 1863.
5. Vid. Basler, R., 1953, vol. 6, 151-153. Ver también *Washington Daily Intelligencer*, 27 de marzo de 1863; Powell, P. J., 1981, vol. 1, 244.
6. *New York Times*, 7, 13 y 17 de abril de 1863.
7. Vid. Berthrong, D. J., 1963, 168-186. Ver también Powell, P. J.: *op. cit.*, 257 y 263; Hoig, S., 1961, 47-50.
8. Vid. Powell, P. J.: *op. cit.*, 263-264. Ver también Grinnell, G. B., 1915, 145; Hoig, S., 1980, 75-76; *War of the Rebellion: A Compilation...*, 1880-1901, vol. 34, parte I, 931.
9. Vid. «Bannock Troubles», en *Army and Navy Journal*, 29 de junio de 1878, 756.
10. Citado en Powers, T., 2011, 36.

PRIMERA PARTE

DESPERTA FERRO



EDICIONES

CAPÍTULO 1

ARDEN LAS LLANURAS

Cuando el presidente Lincoln dijo a Oso Flaco que a veces sus muchachos blancos se portaban mal, estaba restando mucha importancia a la cuestión. Durante los dos siglos y medio que transcurrieron entre el asentamiento de la colonia de Jamestown en Virginia y las palabras admonitorias de Lincoln al jefe cheyene, una colonización blanca con afán constante de expansión había desplazado a los indios hacia el oeste sin respetar los compromisos adquiridos en los tratados o, en ocasiones, ni siquiera la mera humanidad. El gobierno de la joven república norteamericana no pretendió exterminar a los indios, ni tampoco era la tierra india lo único que codiciaban los padres fundadores. También pretendían «iluminar y refinar» al indio, conducirlo del «salvajismo» al cristianismo, y otorgarle las bendiciones de la agricultura y las artes domésticas. En otras palabras, destruir la forma de vida india, incompatible con la norteamericana, civilizando a los indios más que matándolos.

Los indios «civilizados» no vivirían en sus tierras nativas, ya que el gobierno federal tenía la intención de comprárselas al mejor precio por medio de tratados negociados bajo la premisa legal de que las tribus eran las propietarias de la tierra y poseían la suficiente soberanía para transferir ese título de propiedad al verdadero soberano, es decir, a los Estados Unidos. El Gobierno federal también se comprometió a no privar nunca a los indios de su tierra sin su consentimiento o a no luchar contra ellos sin autorización del Congreso. Para impedir que los colonos o los estados individuales violaran los derechos de los indios, en 1790, el Congreso promulgó el primero de los seis estatutos conocidos en conjunto como el Nonintercourse Act, que prohibía la compra de tierra india sin la aprobación federal, y establecía severos castigos por los crímenes cometidos contra los indios.

No es de extrañar que la estipulación de castigos en la ley muy pronto resultara ineficaz. El presidente George Washington intentó interceder en favor de los indios, a los cuales, insistió, había que proporcionar una completa protección legal, pero su advertencia no significaba nada para los

blancos ávidos de tierras que vivían fuera del control del Gobierno. Con la intención de prevenir una matanza mutua, Washington envió tropas a la frontera del país. Una vez arrastrado a la brega, el pequeño ejército americano dedicó dos décadas y casi todos sus limitados recursos a luchar por el Viejo Noroeste contra las poderosas confederaciones indias en guerras no declaradas. Esto sentó un pésimo precedente; a partir de ese momento, los tratados serían una mera fachada para ocultar la toma de tierras a gran escala que el Congreso intentó paliar con rentas en efectivo y mercaderías.

Después de George Washington, a ningún otro presidente le quitaron el sueño los derechos de los indios. De hecho, la rama ejecutiva lideró el camino que conduciría a desposeerlos de sus tierras. En 1817, el presidente James Monroe dijo al general Andrew Jackson: «La vida salvaje requiere para su permanencia una mayor extensión de terreno de la que es compatible con el progreso y las justas demandas de la vida civilizada, y debe ceder ante esta». Como presidente, hacia 1830, Jackson llevó la orden de Monroe a su riguroso, pero lógico extremo. Con la autoridad que le confirió la Ley de Traslado de 1830, y empleando diversos grados de severidad, Jackson barrió a las tribus nómadas del Viejo Noroeste hasta más allá del río Misisipi. Cuando los sureños le presionaron para que liberara tierras indias en Alabama y Georgia, Jackson también sacó de sus tierras a las llamadas Cinco Tribus Civilizadas (los choctaw, chickasaw, creek, cheroquis y seminolas), y las reubicó al oeste del río Misisipi, en el Territorio Indio, un amplio terreno que se extendía a lo largo de diversos estados futuros y que, poco a poco, se redujo hasta comprender solo el actual Oklahoma. La mayoría de los indios «civilizados» se marcharon de forma pacífica, pero desalojar a los seminolas de sus bastiones en Florida le supuso al ejército demasiado tiempo y sangre, así que al final permitieron que se quedaran allí unos pocos.¹

Jackson no dudó nunca de la justicia de sus acciones, y con sinceridad creyó que una vez estuvieran más allá del río Misisipi, los indios se verían libres para siempre de la usurpación blanca. Se permitiría a los tramperos, a los comerciantes y a los misioneros atravesar el nuevo hogar de los indios y aventurarse en las Grandes Llanuras o en las montañas que había más allá, pero, sin duda, allí no se producirían más levantamientos porque los exploradores del ejército habían informado de que las Grandes Llanuras no eran aptas para el asentamiento blanco, y la sociedad lo había aceptado.

Pero ya había presiones en la periferia. Un pujante comercio de pieles en el río Misuri aumentó el contacto blanco con las tribus del oeste. Asimismo, los tratados de traslado obligaron al Gobierno a proteger a las tribus reubicadas no solo de los ávidos blancos sino también de los hostiles indios de las

llanuras, que no deseaban compartir sus dominios con los recién llegados, ya fueran estos indios o blancos. Entretanto, los blancos de Misuri y de Arkansas solicitaron protección contra los indios a los que habían desposeído, ante la eventualidad de que la nueva tierra les pareciera de algún modo inferior al Edén que les habían prometido (como, en efecto, sucedió). La respuesta del gobierno consistió en construir entre 1817 y 1842 una cadena de nueve fuertes desde Minnesota hacia el sur y hasta el noroeste de Luisiana, que creó una tentadora abstracción conocida como la Frontera India Permanente.



De los 275 000 indios cuyos hogares quedaban fuera del Territorio Indio y más allá de la recientemente constituida barrera militar, el gobierno se preocupaba más bien poco y sabía aún menos.² Las ideas que tenían los blancos sobre los indios del Oeste americano eran simplistas y tendían a los extremos; los indios eran o bien nobles y heroicos o bien bárbaros y aborrecibles. Sin embargo, cuando la Frontera India Permanente se derrumbó menos de una década después de su creación, un repentino cataclismo de acontecimientos en cadena puso a los blancos y a los indios frente a frente al oeste del Misisipi.

La primera grieta en la Frontera Permanente se abrió en 1841. Atraídas por la promesa de tierra fértil en California y en el Territorio de Oregón, unas cuantas pesadas caravanas de carromatos cubiertos de lona blanca se aventuraron, traqueteando, por las llanuras. Pronto, el goteo se convirtió en torrente, y el camino para carromatos así creado a lo largo de las arenas movedizas del monótono río Platte quedó impreso en la psique del país con el nombre de la Ruta de Oregón.

Con posterioridad, en 1845, tuvo lugar la anexión de Texas y, un año después, los Estados Unidos y Gran Bretaña resolvieron una polémica disputa sobre la frontera de Oregón. A principios de 1848, la guerra con México terminó con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, por el cual México cedía California, la Gran Cuenca, y el sudoeste, y renunciaba a reclamar Texas, además de reconocer el río Grande como la frontera internacional. En solo tres años, Estados Unidos había crecido más de un millón y medio de kilómetros cuadrados y se había convertido en una nación continental. Los oradores expansionistas exhortaron a los norteamericanos a que llevaran a cabo el Destino Manifiesto del país emigrando a Texas, California o el Noroeste del Pacífico. (Todavía nadie consideraba las Grandes Llanuras más que como un vasto y tedioso obstáculo). En agosto de 1848, se descubrió oro en el río de los Americanos de California. Al año siguiente, se produjo una migración en masa de dimensiones desconocidas hasta ese momento en la historia de

la joven nación. Al cabo de una década había más blancos en California que indios en todo el Oeste. Los genocidas buscadores de oro diezmaron a las pequeñas tribus pacíficas de California, y el crecimiento de los asentamientos blancos en el recién organizado Territorio de Oregón alarmó a las tribus más fuertes del noroeste.

Aún no se había producido ningún conflicto con los indios en el Oeste, pero la paz era frágil, advirtió el comisionado de Asuntos Indios. Los indios —dijo— se han abstenido de atacar las caravanas de emigrantes a la espera de una compensación por parte del gobierno, no por miedo, ya que no han experimentado «nuestro poder y desconocen por completo nuestra grandeza y nuestros recursos».³

Durante algún tiempo no experimentaron ese poder, ya que el gobierno no contaba con nada parecido a una política india coherente, y el pequeño ejército regular necesitaba tiempo para construir fuertes en el Oeste. En cualquier caso, el comisionado de Asuntos Indios no tenía por qué haber temido ninguna resistencia contundente y conjunta a la avalancha blanca por una sencilla razón: los indios no percibían el ataque blanco como la amenaza apocalíptica a su forma de vida que, en realidad, era. Y aunque lo hubieran hecho, las tribus del Oeste americano carecían de una identidad común, de un sentido de «indianidad», y estaban demasiado ocupadas peleándose entre sí como para prestar toda su atención a la nueva amenaza.

Y ese fue su talón de Aquiles. Los indios solo fueron capaces de unirse contra la repentina y vigorosa expansión blanca en el Noroeste del Pacífico. En el Oeste hubo pocas tribus capaces de mantener la unidad interna necesaria para hacer frente al avance blanco. Casi todas ellas se dividieron en dos facciones, una que defendía la convivencia pacífica con los blancos y la adopción de las costumbres blancas, y otra que se aferraba con firmeza a sus costumbres tradicionales, resistiendo las tentaciones del Gobierno que les incitaba a dirigirse de forma pacífica a las reservas. El Gobierno se habituó a explotar esas rivalidades, lo cual dio al ejército en sus batallas una poderosa quinta columna para domeñar a los indios «hostiles». Asimismo, obtuvo un beneficio inconmensurable de esos conflictos intertribales que yacían en la base misma de la cultura de los indios del Oeste. Que las tropas necesitaban aliados indios para imponerse, se convirtió en un axioma.

En las relaciones intertribales no había medias tintas; aquellos que no eran de la tribu eran o bien aliados o bien enemigos. El conflicto intertribal más intenso tuvo lugar en las llanuras del norte, donde las luchas eran fluidas y continuas, ya que las tribus hacían todo lo posible para conquistar o proteger sus terrenos de caza. En todo el Oeste las tribus sobrevivieron y prosperaron por medio de alianzas; aquellas que actuaron solas padecieron un

sufrimiento terrible. Las guerras abiertas no eran habituales; por lo general, tomaban la forma de pequeños ataques y contraataques continuos que socavaban los dominios del perdedor.

En las Grandes Llanuras, la base del modo de vida indio era el bison americano, al que conocemos como «búfalo». La carne de este animal era un elemento básico. Con el cuero los indios hacían ropa para abrigarse y para comerciar, recipientes para transporte y almacenamiento, y pieles para las características tiendas cónicas, también conocidas como tipi. No se desperdiciaba ninguna parte del animal. El búfalo no solo reforzaba la economía, también conformaba la religión y la cultura de las Grandes Llanuras.

Mucho antes de que el primer americano se aventurara más allá del río Misisipi, los obsequios europeos de caballos, armas y enfermedades habían provocado una drástica alteración de las culturas de las llanuras y de las Montañas Rocosas. En el siglo XVI, los españoles introdujeron el caballo en el Nuevo Mundo. A medida que la frontera española se fue desplazando hacia el sudoeste del territorio actual de los Estados Unidos, los caballos fueron a parar a manos indias. Después, a través del robo y el trueque, la cultura equina se extendió con rapidez de una tribu a otra. En 1630, no había ninguna tribu que montara a caballo, sin embargo, hacia 1750, todas las tribus de las llanuras y la mayoría de los indios de las Montañas Rocosas lo hacían. El caballo no creó la cultura del búfalo, pero facilitó, en gran medida, la caza. Los caballos también incrementaron la frecuencia y la intensidad de los enfrentamientos intertribales, porque los guerreros eran capaces de moverse por distancias inimaginables a pie. El rifle, que los tramperos y comerciantes franceses dieron a conocer a los indios, hizo que los choques fueran mucho más mortales. Y las enfermedades del hombre blanco fueron más mortales aún, puesto que diezmaron a las tribus del oeste, al igual que habían devastado a las del este del Misisipi. Nadie sabe con precisión cuántos sucumbieron, pero, solo en 1849, el cólera había acabado con la mitad de la población india de las llanuras del sur.⁴

Una gran paradoja de las Grandes Llanuras es el hecho de que ninguna de las tribus a las que se iba a enfrentar el ejército era nativa de las tierras que reclamaban. Todas ellas se habían visto arrastradas a una gran migración provocada por los asentamientos blancos en el este. Ese éxodo indio comenzó a finales del siglo XVII, y, cuando en 1843 se abrió la Ruta de Oregón, aún estaba lejos de terminar. A medida que los desplazados indios se extendían por las llanuras, competían con las tribus nativas por los mejores terrenos de caza. De modo que, en realidad, sin riesgo de exagerar, las guerras que tendrían lugar entre los indios y el Gobierno por las Grandes Llanuras, el lugar donde se produjeron las más largas y sangrientas luchas, supondrían un

enfrentamiento de pueblos emigrantes. Se perdió una forma de vida, pero que no tenía demasiada antigüedad.

Antes de que los blancos se extendieran por las llanuras, los recién llegados más poderosos eran los sioux, antaño pueblos de los bosques del actual Medio Oeste superior. A medida que la nación sioux se desplazó hacia el oeste, se dividió en tres grupos: los dakotas, un pueblo semisedentario que se mantuvo cerca del río Minnesota; los nakotas, que se asentaron al este del río Misuri; y, los lakotas, que lucharon por su forma de vida en las llanuras del norte. Los lakotas eran los auténticos sioux de los caballos y los búfalos presentes en el imaginario popular, y constituían casi la mitad de la nación sioux. Estos, a su vez, se dividían en siete tribus: los oglalas, brulés, miniconjous, dos calderas, hunkpapas, pies negros, y sans arcs, de los cuales los oglalas y los brulés eran los más numerosos. De hecho, estas dos tribus superaban en número a todos los indios no lakotas de las llanuras del norte.

Los lakotas, en su marcha hacia el oeste a lo largo de las actuales Nebraska y las Dakotas a principios del siglo XIX, se aliaron poco a poco con los cheyenes y los arapahoes, que habían sido empujados a las llanuras del norte antes que ellos, y crearon un vínculo duradero, si bien, algo curioso. Sus lenguas eran mutuamente ininteligibles, impedimento que superaron con un sofisticado lenguaje de signos, y sus caracteres no podían haber sido más diferentes. Los arapahoes solían ser un pueblo amable y complaciente, mientras que los cheyenes se convirtieron en unos guerreros terribles. El primer contacto entre los lakotas y la entente cheyene-arapaho fue hostil, ya que competían por la región rica en caza de Black Hills. Un jefe cheyene contaba: «Hacíamos las paces. Nos ofrecían la pipa y decían: –Seamos buenos amigos–, pero una y otra vez rompían su promesa de forma traicionera». Hasta cerca de 1840, los lakotas no mantuvieron su pacto. Para entonces, muchos de los cheyenes y de los arapahoes, cansados de la hipocresía de los lakotas y atraídos por los comerciantes blancos, habían emigrado al sur, donde formaron las tribus cheyenes y arapahoes del sur, con lo que dejaron a los lakotas como dueños indiscutibles de las llanuras del norte.

Los lakotas, los cheyenes y los arapahoes que permanecieron en las llanuras del norte tenían los mismos enemigos tribales, los crows de la actual Montana central y del norte de Wyoming, mucho menos numerosos, pero grandes luchadores, y los semiagricultores pawnees que vivían a lo largo del río Platte en Nebraska. La base de su rivalidad era tanto el constante impulso de la alianza lakota-cheyenes del norte-arapahoes del norte para expandir sus terrenos de caza como la cultura guerrera común a todas las tribus de las llanuras. Los crows y los pawnees, separados geográficamente, nunca se aliaron, pero, en cambio, dado que tenían una gran necesidad de amigos (o de

enemigos de sus enemigos a los que consideraban entonces amigos), ambas tribus unieron su destino al de los blancos.⁵

En las llanuras del sur se habían producido rivalidades similares. Los kiowas, expulsados de las Black Hills por los lakotas, se habían retirado hacia el sur al territorio conocido como la Comanchería, donde lucharon por primera vez y concluyeron luego una alianza con los comanches. Estos eran los señores indiscutibles de las llanuras del sur y los más expertos jinetes del Oeste, además de un pueblo fiero y cruel que vagaba y saqueaba a su antojo desde el río Arkansas hasta el interior de Texas. De forma esporádica, luchaban contra México, pero con los norteamericanos se llevaron bastante bien hasta que los colonos amenazaron sus terrenos de caza. La República de Texas trató a los comanches aún peor de lo que lo había hecho el gobierno mexicano, pues llevó a cabo una política de traición y crueldad que culminó con la masacre de una delegación de paz comanche. Tras ese suceso, los comanches vieron a los texanos como sus peores enemigos, y consideraron los ataques contra los colonos de Texas un castigo por el asesinato de sus jefes de paz y un buen deporte.

Los arapahoes y los cheyenes del sur se valieron de su proximidad a la Comanchería para saquear las yeguas de los comanches y los kiowas hasta 1840, año en el que las cuatro tribus firmaron una paz permanente y formaron una potente alianza para enfrentarse a los blancos que continuaban avanzando.⁶



Hasta el más obtuso oficial federal comprendió que la tranquilidad a lo largo de las rutas terrestres, que tanto había sorprendido al comisionado de Asuntos Indios en 1849, era temporal. El hecho de que los emigrantes agotaran la madera, la hierba y la caza a un ritmo alarmante, llevó a los indios que había a lo largo de las rutas de viaje casi a la hambruna. El gobierno, reconociendo que los indios al final tendrían que alzarse y luchar, o aliarse con los blancos, o morir, aceptó tres responsabilidades: proporcionar protección militar para las rutas de los emigrantes y para los crecientes asentamientos blancos, anular los títulos sobre la tierra de los indios, y desarrollar una política humanitaria para mantener a los indios que habían sido desposeídos. Resultaba improbable que el gobierno cumpliera con sus responsabilidades. El reducido ejército de la frontera casi no contaba con hombres suficientes para defender sus pequeños fuertes, de modo que mucho menos aún para proteger a los emigrantes. La negociación parecía la única estrategia viable a corto plazo y, para tratar con los indios, la Oficina de Asuntos Indios nombró a Tom Fitzpatrick, un

antiguo trampero convertido en agente indio. Fitzpatrick, que disfrutaba de la confianza implícita de las tribus de las llanuras, había demostrado tener mucha mayor capacidad que ningún otro agente para realizar las hercúleas tareas de la oficina. Como representante del gobierno federal para una o más tribus, un agente indio debía trabajar para prevenir el conflicto entre los colonos y los nativos, cooperar con las fuerzas armadas en lo necesario para mantener la paz y distribuir las rentas del gobierno con honradez y diligencia.

En 1851, Fitzpatrick reunió en Fort Laramie a diez mil indios de las llanuras del norte para un consejo de magnitud sin igual. Los jefes firmaron un acuerdo llamado el Tratado del Fuerte Laramie (que, como casi siempre, los indios solo comprendieron de forma vaga, si es que llegaron a entender algo) y, a continuación, aceptaron con gran alborozo los regalos que enviaba el Gran Padre a sus pueblos. Dos años más tarde, Fitzpatrick cerró un acuerdo similar con las tribus de las llanuras del sur en Fort Atkinson. Los tratados bilaterales fueron modelos de concisión, y sus cláusulas, en apariencia inequívocas. Los indios debían abstenerse de luchar entre ellos o contra los americanos, aceptar las fronteras tribales oficiales, permitir que el gobierno construyera carreteras y fuertes en sus tierras (ya lo había hecho), y no molestar a los pioneros que atravesaban su territorio. A cambio, el gobierno prometió defender a los indios de los blancos que les arrebataban sus tierras (lo cual no tenía ni la capacidad ni la voluntad de hacer) y pagar rentas a las tribus durante cincuenta años (periodo que el Senado redujo después a diez).

Fitzpatrick había hecho su trabajo, pero criticó los tratados como una mera forma de ganar tiempo. «Las medidas a utilizar deben ser o bien un ejército o una renta –argumentó con una visión de futuro desacostumbrada–. O se les ofrece un incentivo mayor que las ganancias que obtienen con los saqueos, o se tiene a disposición una fuerza capaz de controlarlos y detener sus estragos. Cualquier compromiso entre estas dos medidas solo conducirá a todas las desgracias que conlleva el fracaso». Fitzpatrick rechazó asimismo la costumbre de acabar con la titularidad india por la sencilla razón –dijo–, de que los indios de las llanuras no tenían otro título aparte del «derecho del vagabundo», que equivalía al privilegio de ocupación por conquista. Pocos indios le habrían discutido esto, y ninguno se planteó con seriedad detener los saqueos sobre los enemigos tribales por el mero hecho de que el Gobierno así lo deseara. Al igual que tampoco aceptarían las fronteras tribales. «Tú has dividido mi tierra y eso a mí no me gusta –declaró un jefe lakota–. Estas tierras antes pertenecieron a los kiowas y a los crows, pero nosotros expulsamos a esos pueblos fuera de ellas, y ahí actuamos igual que los blancos cuando quieren las tierras de los indios».⁷

A pesar de los tratados, a veces surgían conflictos entre el ejército y los indios, aunque por lo general no eran intencionados. En ocasiones, eran el resultado de una sola acción estúpida o impulsiva cometida por jóvenes guerreros de carácter fogoso o por torpes oficiales novatos. Eso es lo que ocurrió en las llanuras del norte en agosto de 1854, cuando John L. Grattan, un bisoño y arrogante teniente de West Point que había alardeado de ser capaz de aplastar a todos los lakotas con un puñado de soldados de infantería y un obús, se enfrentó al pacífico jefe brulé Oso Conquistador (Conquering Bear) a propósito de una vaca perdida de un emigrante que un guerrero había matado. El jefe indio dijo estar dispuesto a ofrecer una compensación por este hecho, sin embargo Grattan prendió fuego a su poblado. Cuando el incendio se sofocó, Oso Conquistador yacía herido de muerte, y Grattan y sus veintinueve soldados estaban muertos.

El acto insensato de Grattan había supuesto una clara agresión. Sin duda, fue una provocación suficiente para que los brulés declararan una guerra abierta a los blancos, a pesar de lo cual se mostraron bastante comedidos. Un grupo guerrero atacó una diligencia y mató a tres pasajeros; por lo demás, las caravanas de emigrantes continuaron atravesando el territorio brulé sin impedimento alguno. No obstante, eso no satisfizo al Departamento de Guerra, que se negó a aceptar que las torpes acciones de Grattan hubieran provocado el enfrentamiento. Determinado a vengar lo que denominó la masacre de Grattan, el Departamento de Guerra ordenó al coronel William S. Harney que diera a los indios una buena «paliza». Así lo hizo dos años más tarde, en septiembre de 1856, cuando arrasó un campo brulé cerca de Blue Water Creek, en el territorio de Nebraska, donde asesinó a la mitad de los guerreros y se llevó a la mayoría de las mujeres y los niños. Los humillados jefes brulés entregaron a los responsables del ataque a la diligencia, entre los cuales se encontraba un intrépido jefe de guerra llamado Cola Moteada (Spotted Tail). A este, tras permanecer encarcelado en Fort Leavenworth durante un año, el poder blanco le pareció tan impresionante que se volvió un defensor de la paz durante el resto de su vida, o, como dijeron los lakotas, regresó de su prisión, «gordo, fofo y amedrentado». Puede que estuviera fofo, pero no estaba en modo alguno amedrentado, y tuvo una ascensión meteórica a una posición de inigualable poder en la tribu brulé.

Durante una década, el espectro de Harney el Carnicero persiguió a toda la nación lakota. Era algo de lo que se hablaba mucho en las tiendas del consejo, pero no se hacía nada, solo reinaba un constante deseo de venganza. Harney comprendía a los indios. Sin regodearse en su victoria sobre los brulés, recordó a Washington que «los indios solo habían defendido sus derechos».⁸

En la atmósfera de injusticia que generó la masacre de Grattan, el Gobierno también decidió que los cheyenes, a pesar de que no habían causado ningún problema importante a los emigrantes y de que no tenían intención alguna de hacerlo, se merecían un castigo. El verano de 1857 un ataque por sorpresa del ejército sobre un poblado cheyene en el río Salomón del territorio de Kansas mató a unos pocos guerreros, pero produjo una victoria psicológica, al enseñarles, según el funcionario para los indios cheyenes, la inutilidad de oponerse al hombre blanco.

Fue un mal momento para que los cheyenes admitieran la derrota. El año siguiente a la lucha del río Salomón, los buscadores de oro encontraron el preciado metal en lo que es hoy el este de Colorado. Casi de un día para otro surgió la ciudad de Denver. Los mineros y los agricultores se abrieron paso por los terrenos de caza de los cheyenes y los arapahoes y sobrepasaron la mayor parte de la inmensa franja prometida a las tribus en el Tratado de Fort Laramie que había negociado Tom Fitzpatrick una década antes. En febrero de 1861, diez jefes cheyenes y arapahoes, entre los que se encontraban Caldera Negra y Oso Flaco, firmaron el Tratado de Fort Wise que obligaba a sus tribus a vivir en una pequeña y miserable reserva situada en las áridas llanuras al sudeste del Territorio de Colorado. A pesar de que la mayoría de los cheyenes y los arapahoes rechazaron las promesas hechas por sus jefes y siguieron viviendo en sus terrenos de caza tradicionales, no cometieron actos de violencia. Ninguno de los indios podía prever las terribles consecuencias que pronto tendría su resistencia pasiva.

Mientras tanto, más al sur, los esfuerzos para someter a los kiowas y a los comanches resultaron inútiles por completo. Ninguna de las dos tribus causaba molestias en las rutas de los emigrantes, pero continuaron atacando los asentamientos de Texas. El hecho de que dicha República ahora formara parte de los Estados Unidos no significaba nada para ellos. Cuando la protección del ejército regular se demostró insuficiente, los Texas Rangers asumieron el mando y derrotaron en tres combates a los indios, los cuales, enfurecidos, no solo provocaron una destrucción sin precedentes en la frontera entre Texas y México sino que también atacaron a los viajeros que se dirigían hacia el oeste.

Las fuerzas armadas eran incapaces de detenerlos. Buena parte de los limitados recursos del ejército de frontera estaban dedicados a sofocar los levantamientos en el Noroeste del Pacífico que se sucedían desde hacía tres sangrientos años. En 1858, al final de la última guerra, los indios vencidos firmaron tratados que fijaban las fronteras de sus reservas. La reclusión de las tribus del Noroeste del Pacífico en extensiones bien delimitadas y el Tratado de Fort Wise firmado tres años después fueron los primeros pasos

de lo que poco a poco se conoció como la política de concentración. Se sacaba a los indios de la tierra que los blancos querían o de la que ya se habían apoderado y se les reasentaba lo más lejos posible de la influencia contaminante de los invasores. A continuación, comenzaría el noble experimento de convertir a los indios en granjeros cristianos. Es evidente que, dado que la mayoría de los indios no estaba interesada en las bendiciones que el hombre blanco deseaba otorgarle, los intentos de concentración del gobierno significaban, por lo general, una guerra.⁹

En ese momento, para los indios, los blancos estaban llegando en cantidades inconcebibles. Asaltaban los territorios indios por todas partes. Los colonos llegaban por el este, mientras que los mineros hacían incursiones en la periferia del territorio indio por el oeste, el norte y el sur y, cuando se hicieron nuevos descubrimientos de minerales, simplemente la invadieron. Según decían en el Oeste, a los indios que resistieran los ataques violentos se les debía «concentrar», para convertirlos en inofensivos, en reservas de tierra demasiado pobres como para interesar a los blancos. Sería un gran acorralamiento y un lento estrangulamiento que requeriría tres décadas hasta asfixiar a los recalcitrantes indios.



Durante la tumultuosa década de los cincuenta solo el sudoeste estuvo tranquilo. La vasta región que abarcaba no solo la actual Arizona y Nuevo México sino también el norte de México, se llamó la Apachería debido a sus ocupantes mayoritarios, los apaches. Lejos de ser una tribu aparte, los apaches eran un conglomerado impreciso de bandas diferenciadas en dos grandes divisiones, la del este y la del oeste.¹⁰ Los dos grupos de la División Oeste —los apaches del oeste y los chiricahuas, ninguno de los cuales apreciaba demasiado al otro— serían los que causarían al Gobierno la mayoría de las dificultades.

Cuando los primeros norteamericanos se aventuraron en la Apachería hacia 1820, los apaches del oeste y los apaches chiricahua habían estado en guerra durante casi dos siglos, primero con los españoles y después con los mexicanos y con sus aliados indios. Los apaches, a base de emboscar a las tropas, arruinar las haciendas y recaudar tributos en las ciudades, habían hecho que la presencia mexicana en la Apachería fuera muy tenue. Al principio, recibieron de forma amistosa a los norteamericanos como enemigos de los mexicanos, pero pronto aumentó la tensión después de que Estados Unidos consiguiera la mayor parte de la Apachería con el Tratado de Gadsden Purchase de 1853, que obligaba a Washington a im-

pedir las incursiones apaches en México. Los apaches no comprendieron eso. Si los mexicanos seguían siendo sus enemigos y habían sido enemigos de los americanos, ¿por qué tenían que dejar de atacar al sur de la frontera, mientras se comportaran bien al norte de ella?

Entonces, en 1860, los buscadores descubrieron oro en los límites montañosos del oeste del Territorio de Nuevo México, el corazón de la tierra chihene (los apaches chiricahua orientales). Cuando el jefe chihene Mangas Coloradas intentó negociar un acuerdo pacífico, los buscadores lo fustigaron a latigazos, tras lo cual él declaró la guerra a los norteamericanos. Más indignante aún fue el mal trato que se dio a Cochise, jefe de los chokonen (chiricahuas centrales), que estaba en buenos términos con los colonos en su desértica tierra natal, en lo que es hoy el sudeste de Arizona. En febrero de 1861, George N. Bascom, otro torpe teniente cortado por el mismo patrón de West Point que Grattan, desperdió la buena voluntad al arrestar a Cochise y a varios de sus guerreros bajo la errónea impresión de que el jefe había secuestrado a un muchacho de un rancho lejano. Cochise, entonces, se escapó y capturó a algunos hombres que utilizó como rehenes. Tras varios días de infructuosas conversaciones, Cochise mató a los prisioneros y Bascom ahorcó a varios chiricahuas, entre los que se hallaba el hermano de Cochise. Arizona estalló en una orgía de violencia.

Y, después, en la primavera de 1861, con el inicio de la Guerra Civil, el ejército regular desapareció de la frontera. Los indios estaban asombrados por la repentina partida de los soldados. Los chiricahuas, tras llegar a la conclusión de que los habían derrotado, incrementaron sus actos vandálicos. En cambio, los indios de las llanuras dudaron y, al hacerlo, perdieron una breve pero única oportunidad de retrasar la marea blanca.

La oportunidad de atacar de los indios de las llanuras pasó y, muy pronto, llegaron nuevos soldados, gentes del Oeste para las cuales disparar a un indio era lo mismo que disparar a un ciervo. Eran hombres más rudos que los regulares y mucho más numerosos. Quince mil voluntarios, sacados de los cerca de tres millones de hombres reclutados por el gobierno federal para combatir la rebelión del Sur, sirvieron en el Oeste durante la Guerra Civil, el doble del ejército regular de la frontera prebélica. La mayoría era de California, lo cual era previsible dado que la población del Estado era de casi medio millón y seguía en aumento. De hecho, la Guerra Civil no provocó ninguna disminución en la emigración al Oeste. Al contrario, a pesar de que absorbió las energías y los recursos del Norte y del Sur, los descubrimientos minerales por todo el Oeste atrajeron a los blancos en cantidades aún mayores a las otrora tranquilas tierras indias.

Es más, a pesar de la en apariencia constante necesidad de tropas para derrotar a la Confederación, la Administración Lincoln animó a la gente a partir hacia el Oeste. En 1862, el Congreso aprobó la Ley de Asentamientos Rurales. A partir del 1 de enero de 1863 cualquier ciudadano de los Estados Unidos o aquel que tuviera intención de serlo, incluidos los esclavos libres y las mujeres cabezas de familia, recibirían un título de propiedad de 650 m² de tierra federal –160 acres– al oeste del río Misisipi, siempre que el demandante hubiera hecho mejoras en la propiedad, hubiera residido en ella durante cinco años consecutivos, y no se hubiera alzado nunca en armas contra los Estados Unidos. Las familias que buscaban empezar de nuevo cultivando la pradera atestaron las rutas de emigrantes, rebosantes ya de buscadores de fortuna, y la presión sobre las tierras indias se intensificó.

El crecimiento de la población condujo a la creación de seis territorios entre 1861 y 1864: Nevada, Idaho, Arizona, Montana, Dakota y Colorado, que fue el que más creció. Se abrió una carretera directa desde Denver, llamada la Ruta de Smoky Hill, que atravesaba el terreno de caza original de los indios. Enseguida, las líneas del telégrafo y la diligencia atravesaron el Territorio Indio por todas partes, mientras que los estados de Nebraska y de Kansas extendieron sus fronteras más aún en las llanuras. A pesar de que su ira contra los intrusos blancos aumentó, las tribus de las llanuras del sur se mantuvieron en paz, incluso a medida que iba menguando el perímetro de su mundo.

Aunque reinaba la tranquilidad en las llanuras del sur, había suficiente violencia por todas partes para que dos generales voluntarios, James H. Carleton y Patrick E. Connor, alcanzaran la fama en el Oeste durante la Guerra Civil. En julio de 1862, parte de la Columna California de Carleton expulsó a varios cientos de guerreros chiricahua al mando de Cochise y Mangas Coloradas del Paso Apache, un desfiladero estratégico en el corazón del territorio chokonon. Mangas Coloradas resultó herido en el enfrentamiento. Seis meses después, un subordinado de Carleton atrajo al jefe indio hacia el campamento con una bandera de tregua y allí lo asesinó. A pesar de estos dos ataques, los chiricahuas no se desmoralizaron; al contrario, una vez se hubo marchado Carleton, Cochise redobló su esfuerzo para despoblar el sudeste de Arizona.

Carleton continuó hacia el este y derrotó a la pequeña tribu apache mescalero del Territorio de Nuevo México. A continuación, en una campaña de tierra quemada liderada por su viejo amigo, el legendario pionero Kit Carson, abatió a la poderosa Nación Navajo, que había estado sumida en una larga guerra de ataques y venganzas con las gentes

de Nuevo México. Mientras Carleton luchaba en el sudoeste, el general Connor limpió las rutas de viaje entre California y Utah, y después diezmó una banda shoshone renegada que había estado en guerra con los buscadores de oro de las Montañas Rocosas.¹¹



Mientras que el sudoeste sangraba y las Montañas Rocosas temblaban, en las llanuras del norte reinó una relativa calma hasta 1863, año en el que estalló la guerra a una escala desconocida. La causa fue indirecta, un gran levantamiento de los sioux dakotas, cuya reserva de Minnesota, antes muy extensa, había disminuido hasta convertirse en una estrecha franja de tierra a lo largo del río Minnesota, mientras que la población blanca del Estado se había multiplicado. Comerciantes sin escrúpulos proporcionaban alcohol en abundancia a los dakotas, esquilmando su renta anual, y los misioneros los hostigaban. Mientras que los granjeros cercanos prosperaban, el hambre y la desesperanza acechaban la reserva. El 17 de agosto de 1862, unos jóvenes guerreros que volvían con las manos vacías de una expedición de caza mataron a seis colonos. No hubo premeditación, pero sí incapacidad para contener la rabia acumulada durante una década. Ante la perspectiva de una represalia segura del Gobierno, los jefes optaron por luchar, y los grupos guerreros dakotas masacraron a cientos de colonos antes de que las tropas de la Unión los empujaran a las llanuras y a los brazos de sus paisanos nakotas. En 1863 y 1864, durante unas guerras sin cuartel, las tropas dejaron inermes a los dakotas y a los nakotas que, más tarde, excepto un puñado que escapó a Canadá o se unió a los lakotas, o se rindieron a la vida en la reserva.

El levantamiento de Minnesota también provocó una conmoción a lo largo de las relativamente tranquilas llanuras del sur. Los habitantes de Colorado, ya inquietos ante el hecho de tener que compartir el territorio con los cheyenes del sur y los arapahoes, estaban horrorizados. Interpretaban la más mínima ofensa india (había habido algunas antes, y las que ocurrieron consistieron en saqueos incruentos de caballos y de ganado) como el presagio de una masacre similar en su territorio. Para muchos habitantes de Colorado, incluido el comandante militar del distrito, el coronel John Chivington, los ataques preventivos contra las tribus estaban justificados. De hecho, fue la política de guerra preventiva del coronel la que costó la vida a Oso Flaco. Después de que lo asesinaran, el jefe Caldera Negra impidió a los guerreros que aniquilaran al pequeño destacamento militar responsable de la atrocidad. Pero ni él ni ningún otro jefe pudieron evitar durante

mucho tiempo que los enfurecidos guerreros se vengaran en las rutas terrestres y en los ranchos aislados del sur de Nebraska y del oeste de Kansas. Estos ataques ya no eran meras incursiones para robar ganado, sino que se convirtieron en asuntos crueles y sangrientos, trufados de violaciones y carnicerías. Aunque, en el verano de 1864, la mayor parte de los ataques fue perpetrada por los guerreros perro (Dog Soldiers), un grupo cheyene indefectiblemente beligerante, los jóvenes del grupo de Caldera Negra también fueron culpables de algunas de las más infames atrocidades.

En agosto, el gobernador Evans y el coronel Chivington reclutaron un regimiento temporal, el 3.º de Caballería de Colorado, compuesto por rufianes, matones, y la peor escoria ávida de matar indios. Antes de que pudieran actuar, Caldera Negra pidió la paz. Evans había invitado a los indios amistosos a que se separaran de los hostiles y, en ese momento, el jefe indio estaba haciendo justo eso, pero el público clamaba venganza. Evans trasladó el problema a Chivington, cuya principal preocupación era asegurar que su caballería de Colorado tuviera un poco de acción antes de que su alistamiento finalizara. Al amanecer del 29 de noviembre, Chivington atacó por sorpresa el poblado de Caldera Negra, en Sand Creek. Cuando Chivington estaba desplegándose para el ataque, el jefe indio izó sobre su tipi primero una bandera americana y, después, una bandera blanca. Pero Chivington no estaba interesado en demostraciones de patriotismo ni en treguas. No quería capturar prisioneros, y, en efecto, no capturó a nadie. Doscientos cheyenes, dos tercios de los cuales eran mujeres y niños, fueron masacrados de un modo similar al del levantamiento de Minnesota. Según declaró con posterioridad un intérprete del ejército: «Se les arrancó el cuero cabelludo y se les sacaron los sesos. [Los habitantes de Colorado] utilizaron sus cuchillos, destriparon a las mujeres, apalearon a los niños pequeños, les golpearon en la cabeza con las escopetas, les sacaron el cerebro, y mutilaron sus cuerpos en todos los sentidos de la palabra». No obstante, Caldera Negra consiguió escapar con su mujer, que logró sobrevivir a nueve heridas. Con la única intención de impedir el inevitable ciclo de guerra y venganza, llevó a los supervivientes bastante al sur del río Arkansas. Mientras tanto, el coronel Chivington y el «Sangriento Tercero» cabalgaron hasta Denver donde fueron recibidos como héroes.¹²

Cuando la furia de los indios por la masacre de Sand Creek derritió las nevadas llanuras del sur, los jefes cheyenes del sur, arapahoes y lakotas acordaron «levantar el hacha de guerra hasta la muerte». Eso no significaba una lucha hasta el final, tal como las ominosas palabras sugerían, sino más bien una razia masiva seguida de una vuelta a sus ocupaciones tradicionales como la caza del búfalo y las escaramuzas con

las tribus enemigas. En enero y febrero de 1865, los guerreros asaltaron la carretera del río Platte y Denver fue presa del pánico. Entonces las tribus aliadas se encaminaron al norte, a las Black Hills, para huir del castigo y contar sus hazañas a sus paisanos del norte, que, a su vez, hicieron su propia «guerra». Cerca de tres mil guerreros, que constituían la banda de guerra más grande jamás vista en las Grandes Llanuras, atacaron la Platte Bridge Station, un puesto militar estratégico pero que contaba con escasa protección, aplastó a un destacamento de caballería y asaltó una caravana de carromatos. Con eso, los indios consideraron que los soldados habían sido bastante castigados, y se dispersaron para la caza del búfalo de otoño.

Sin embargo, para el ejército, el conflicto no había hecho más que empezar. En febrero, el Departamento de Guerra creó un nuevo y extenso mando geográfico llamado la División Militar del Misuri, que abarcaba las Grandes Llanuras, Texas, y las Montañas Rocosas. Sus oficinas centrales estaban en San Luis (Misuri). El jefe de la división, el ostentoso pero competente general John Pope, había elaborado unos planes para una ofensiva concertada a principios de la primavera de 1865, antes de que los caballos indios se recuperaran del duro invierno de las llanuras y recomenzaran los ataques contra las rutas de emigrantes. Tres expediciones debían atacar de forma simultánea a las recalcitrantes tribus de las llanuras. Pope anunció su estrategia basada en dos premisas: que los veteranos de la Guerra Civil estuvieran disponibles en gran número para servir en el Oeste, y que él tuviera autoridad para tratar con las tribus enemigas tal como considerara oportuno.

El plan de Pope era bueno, pero no se llevaría a cabo. Al finalizar la Guerra Civil en abril de 1865, los voluntarios de la Unión querían regresar a casa, y en cuanto llegaron al Oeste, desertaron. El segundo pilar del plan de Pope, el apoyo civil, se derrumbó antes incluso de que la campaña hubiera comenzado. Por explicarlo de forma sencilla, después de Sand Creek el gobierno no estaba para luchas. Por el contrario, el Congreso autorizó al gobernador Newton Edmunds del Territorio de Dakota a que negociara un nuevo tratado con los lakotas y eligió una comisión para negociar una paz duradera en las llanuras del sur. El Departamento de Guerra también vaciló. Al final, solo una de las tres columnas de Pope salió al combate. La expedición, dirigida por el general Connor, marchó sobre las Black Hills en agosto de 1865, y fue un fracaso. Los soldados desertaron en masa, y dos de las columnas del general estuvieron a punto de ser aniquiladas en un par de torpes

escaramuzas con los lakotas y los cheyenes. Eso puso fin, al menos por el momento, al esfuerzo militar para lograr la paz.¹³



Rara vez la política del gobierno hacia los indios de las llanuras había sido homogénea o incluso coherente. Así ocurrió en otoño de 1865, cuando el gobernador Edmunds invitó a su conferencia de paz a los mismos indios que estaban luchando, en ese momento, contra Connor. Al gobernador no le importó que ninguno de ellos acudiera. Dado que la única razón para buscar la firma de un tratado era hacer que el Territorio de Dakota pareciera seguro a los potenciales colonos, en octubre recogió firmas de algunos jefes disolutos de esos grupos de indios que solían permanecer junto a los fuertes y proclamó la paz en las llanuras del norte. Por razones desconocidas, el comisionado para los Asuntos Indios respaldó esa farsa.

En octubre de 1865, en un gran consejo de paz con las tribus del sur en el río Little Arkansas se firmó algo más parecido a un auténtico tratado. Los comisionados, tras rechazar los «graves errores» de Chivington, convencieron a los indios de que sus intereses estarían mejor protegidos si aceptaban una reserva que abarcara buena parte del sudoeste de Kansas, casi todo el norte de Texas, y una gran parte del Territorio Indio; otro paso más en el camino a la concentración, otra reducción del círculo.

El tratado, que sobre el papel era generoso, demostró ser un gesto huero. Texas se negó a ceder ninguna porción de su franja norte de terreno, y Kansas se negó a autorizar una reserva dentro de sus límites. La única parte de la reserva propuesta que el gobierno federal controlaba estaba dentro del Territorio Indio. El general Pope se burló, entonces, diciendo que el Tratado de Little Arkansas valía menos que el papel en el que estaba impreso.¹⁴

Pero eso ya no era algo que preocupara a Pope. A finales de junio de 1865, había cedido el mando de la División Militar del Misuri al general William T. Sherman. Este, que en el panteón de los héroes de guerra del Norte ocupa el segundo puesto tras Ulysses S. Grant, llevó a su cometido un profundo amor por el Oeste, donde, según escribió a un amigo, «siempre había estado su corazón». Era un sentimiento extraño, si se tiene en cuenta que el Oeste casi acaba con él. Sherman, un director de banco en San Francisco antes de la Guerra Civil, había sufrido de ansiedad y asma agudos producidos por el agresivo ambiente de negocios de la ciudad. No obstante, los locales habían apreciado su pasado en West Point, y en los vindicativos días de 1856 lo eligieron durante un breve periodo como general

de la milicia de California. Cuando nueve años después, con cuarenta y cinco años, Sherman asumió el mando de la División Militar del Misuri, su arrugado rostro, su barba de tres días con mechones grises, y su despeinado pelo casi al rape le conferían más la apariencia de un viejo buscador de oro que de un poderoso general en la plenitud de la vida.

Sherman tenía opiniones encontradas sobre los indios. Por una parte, sentía pena por «el pobre diablo que, como es lógico, intenta escapar de su destino», e ira hacia «los blancos que buscan oro y asesinan a los indios igual que matarían a los osos, haciendo caso omiso de los tratados». No obstante, no aprobaba la «indolencia» de los indios y creía que había que tratarlos como niños tercos que necesitaban «disciplina». Cuando la disciplina fallaba, se hacía necesaria la guerra total, con resultados que resultaba desagradable contemplar. Al dirigirse a una clase de estudiantes de West Point, Sherman solo les pudo aconsejar que trataran de alcanzar el «inevitable resultado» con la mayor humanidad posible.¹⁵

Puede que el resultado fuera inevitable, pero en 1866 Sherman no se podía permitir una guerra. Los voluntarios de la Unión se estaban licenciando con mucha mayor rapidez de aquella con la que las fuerzas regulares se podían reestablecer en la frontera. El Congreso estaba decidido a mantener un ejército permanente lo más reducido posible, y Sherman se encontró con menos de doce mil soldados, lo cual era insuficiente para patrullar las rutas de los emigrantes. Antes de renunciar a su puesto, el general Pope había anunciado reglas estrictas que obligaban a los civiles a no viajar más que por esas rutas principales y a hacerlo juntos en caravanas lo bastante grandes como para poder defenderse. Aunque era difícil hacer que cumplieran las órdenes, las gentes del Oeste aplaudieron su intento, y Sherman las renovó.

Así, en 1866, el ejército fronterizo se encontró con el doble papel de controlador y protector de la población de una nación liberada de manera repentina de una guerra interna y rebosante de energía, que se dirigía hacia el oeste. Durante un periodo de seis semanas, más de seis mil carromatos atravesaron Nebraska en esa dirección. Los emigrantes arrasaron la tierra como langostas a lo largo de los caminos del trayecto, hasta que no quedó ni una rama con la que encender una hoguera. Hasta las bostas de búfalo escaseaban. A lo largo de la carretera del río Platte, los postes telegráficos se hicieron más abundantes que los árboles. Los ranchos aislados fueron blancos tentadores para los atacantes indios o, tal como indicó un oficial, para los saqueadores blancos disfrazados de indios. Sin dar gran importancia a los riesgos, el gobernador de Kansas organizó la Sociedad del Inmigrante patrocinada por el Estado para atraer a los colonos al oeste de Kansas y,

gracias a la Ley de Asentamientos Rurales, no hubo escasez de demandantes. Durante la década siguiente a la Guerra Civil, la población de Kansas y Nebraska se triplicó.

Sherman basaba su esperanza de que hubiera una paz permanente no en el ejército sino más bien en una vía férrea transcontinental que estaba en construcción. El rápido avance hacia el oeste de la Union Pacific le asombraba. Hacia finales de 1866 la vía había alcanzado la orilla norte del Platte, frente a Fort Kearny, mientras tanto, más allá de su jurisdicción, la Central Pacific se aproximaba con lentitud hacia el este por la cordillera de Sierra Nevada. Sherman propuso ofrecer a la Union Pacific «toda la protección y el ánimo» que pudiera. No obstante, eso requería tropas que Sherman aún no tenía. Tal como le dijo a Grant en agosto: «Este año no estamos en condiciones de castigar a los indios, ya que nuestras tropas a duras penas son capaces de proteger las largas y delgadas filas que recorren en etapas diarias pequeños grupos de emigrantes. Lo único que pido es una relativa tranquilidad este año, ya que el año que viene podremos contar con nueva caballería alistada, equipada, montada y preparada para ir a visitar a los indios a su terreno».¹⁶

Pero una política india ambivalente y un intransigente líder de guerra oglala llamado Nube Roja (Red Cloud) estaban a punto de negar a Sherman la tranquilidad que tanto anhelaba.

NOTAS

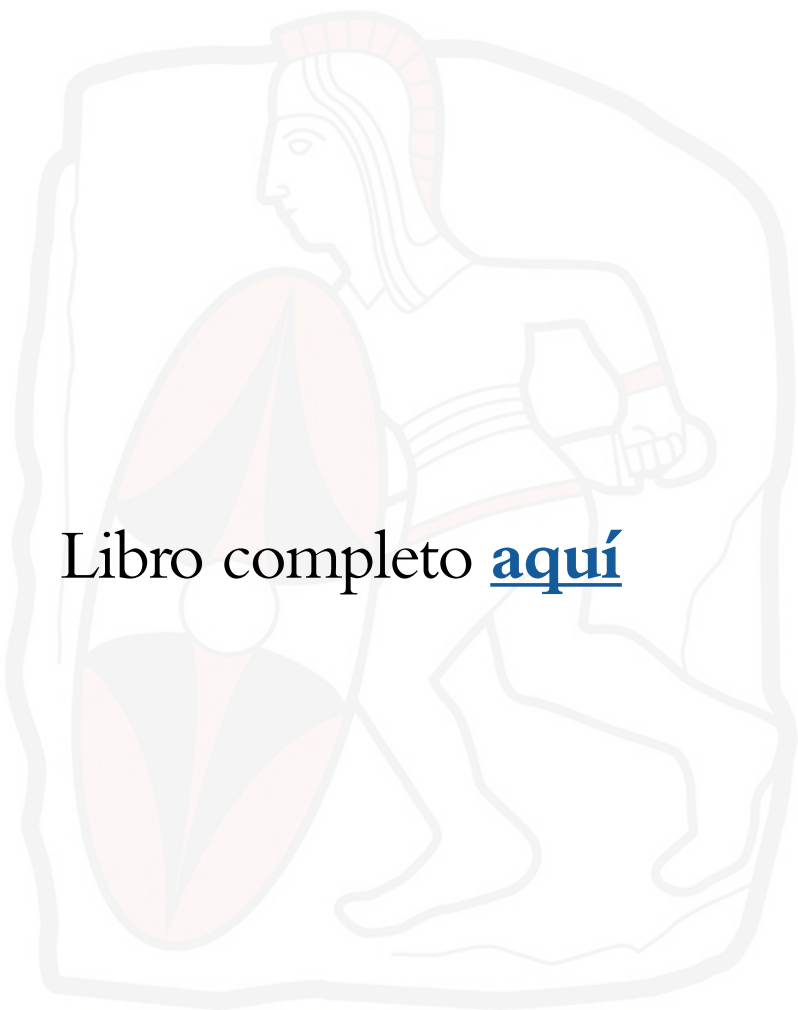
1. Vid. Prucha, F. P., 1994, 18, 21-22, 65, 72, 100-101.
2. Las estimaciones de la población india en el Oeste representan, en el mejor de los casos, cantidades aproximadas. Cerca de 75 000 indios se extendían por las Grandes Llanuras desde Texas a la Canadá británica. Texas era el hogar de 25 000 indios, la cesión mexicana (actualmente California y Nuevo México) tenía 150 000 indios, y el Territorio de Oregón, que comprendía los futuros estados de Washington, Oregón e Idaho, tenía una población india de 25 000 personas. Ver en Utey, R. M., 1984, 4.
3. Vid. 31st Congress *Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs*, 1849, 7.
4. Vid. Koster, J., 2012, 36. Ver también Powell, P. J., 1981, vol. 1, 93-97.
5. Vid. Hassrick, R. B., 1964, 3-7, 65-67. Ver también Berthrong, D. J., *Fighting Cheyennes*, 15-18; 39th Congress *Condition of the Indian Tribes*, ap., 12; Ewers, J. C., «Intertribal Warfare as the Precursor of Indian-White Warfare on the Northern Great Plains», 397, 406; White, R., «Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», 336-337.
6. Vid. Gwynne, S. C., 2011, 32, 35, 45, 49, 57, 59. Ver también Berthrong, D. J., 1963, 17-26; Mayhall, M. P., 1962 (reed. 1971), 170-172.

7. Vid. Prucha, F. P.: *op. cit.*, 239. Ver también 33rd Congress *Annual Report of the Office of Indian Affairs*, 1853, 368-370; Utley, R. M., 1967, 61.
8. Vid. Utley, R. M.: *op. cit.*, 118-120. Ver también Hyde, G. F., 1961, 92-93.
9. Vid. Berthrong, D. J.: *op. cit.*, 10-12. Ver también Utley, R. M., 1984, 53-55.
10. La clasificación de los apaches en dos categorías ha sido objeto de opiniones muy contrastadas. Los apaches occidentales ocupaban gran parte de la actual Arizona oriental y, en general, se considera que consistían en los grupos White Mountain, cibecue, San Carlos, tontos del sur y tontos del norte, cada uno con sus propios subgrupos. Los etnólogos suelen dividir a los chiricahuas en tres grupos: los chiricahuas del centro o chokonen, que vivían en las montañas Chiricahua o Dragoon del sudeste de Arizona; los chiricahuas del sur o nednhis, que se extendían por las fronteras norteñas de Sonora y Chihuahua, en México, e hicieron de la Sierra Madre su bastión; y los chiricahuas del este o chihenes, que ocuparon el territorio que se extiende desde la frontera entre Arizona y Nuevo México hasta Rio Grande. Un cuarto grupo más pequeño, los bedonkohes, aceptaban el liderazgo de Mangas Coloradas. Tras su muerte, los bedonkohes fueron absorbidos por los tres grupos mayores. En ocasiones, se subdivide a los chihenes en los mogollon, que habitaron cerca de las montañas del mismo nombre, y los mimbres, también conocidos como los apaches warm springs u ojo caliente. Los apaches occidentales y los chiricahuas sumaban aproximadamente unas seis mil personas. En Cozzens, P., 2000, xvi-xvii.
11. Vid. Cremony, J. C., 1868, 172-173. Ver también Sweeney, E. R., 1991, 142-145; Utley, R. M., 1967, 239-247.
12. Vid. Hoig, S., 1961, 74-90. Ver también Grinnell, G. B., 1915, 145-162, 151-159; 39th Congress, *Condition of the Indian Tribes*, ap., 81. El coronel Chivington y el 3.º de Caballería de Colorado dimitieron del servicio federal antes de que el ejército pudiera presentar cargos contra ellos. Pero la masacre de Sand Creek frustró las aspiraciones políticas de Chivington. La población de Colorado perdió interés en él, y un comité del Congreso que investigaba la masacre descubrió que Chivington «había planeado y ejecutado de forma deliberada una sucia y cobarde masacre que habría deshonrado al más salvaje de aquellos que fueron víctimas de su crueldad». Utley, R. M.: *op. cit.*, 297.
13. Vid. Cozzens, P., 2000, 252-267. Ver también 39th Congress *Suppression of Indian Hostilities on the Frontier*, 1.
14. Vid. 39th Congress *Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs*, 701-702, 704. Ver también Prucha, F. P., 1994, 271.
15. Sherman a Benjamin H. Grierson, 16 de agosto de 1865, en Marszalek, J. F., 1993, 378. Ver también Sherman a John A. Rawlins, 31 de agosto, 1866, en 39th Congress *Protection Across the Continent*, 10-11; *Addresses to the Graduating Class of the US Military Academy at West Point, N.Y.*, 14 de junio de 1876, 36-37.
16. Vid. Athearn, R. G., 1956, 29, 37. Ver también Sherman a Rawlins, 17 y 31 de agosto, 1866, en 40th Congress *Protection Across the Continent*, 1-4, 6, 10; 40th Congress *Inspection of Military Posts*, 3; Crawford, S. J., 1911, 226-227.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Agudo rigor histórico»

The New York Times

«Excelente libro»

New York Journal of Books

«Un nuevo clásico»

True West Magazine

«Poderosa cadencia narrativa»

The Weekly Standard

«Intensidad abrasadora»

The San Francisco Chronicle

«Relato sobresaliente»

The Washington Post

Si hay un fenómeno de la historia de los Estados Unidos que se ha explotado hasta la saciedad en la cultura popular occidental este ha sido la conquista del Oeste y el conflicto con las tribus de nativos que lo habitaban. De una demonización del indio, el péndulo basculó a partir de los años setenta hacia su santificación y, a menudo, se echan en falta visiones más ecuanímes, capaces de superar ese maniqueísmo de buenos y malos –o malos y buenos–, según desde dónde y cuándo miremos.

Y eso es algo que Peter Cozzens consigue con *La tierra llora*, una narración apasionante, elogiada por ser «un maravilloso trabajo de comprensión y compasión». Comprensión, porque Cozzens realiza un enorme esfuerzo en el análisis los motivos que latían detrás del proceso de expansión hacia el Oeste del que nacerían los modernos Estados Unidos y, al mismo tiempo, se pone en la piel de unos indios atrapados entre una mentalidad y modo de vida ancestrales y la modernidad. Pero compasión también hacia hombres como Caballo Loco, Toro Sentado, Gerónimo o Nube Roja, los cuales, las más de las veces, se vieron forzados a pelear para defender a sus mujeres y niños en un combate que sabían perdido.

La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste se devora página a página, tan rápido como veloz avanzó el tendido del ferrocarril, a lo largo de tres décadas que vieron la extinción de comunidades enteras, en una historia trágica del fin de un mundo pero que hace justicia a vencedores y vencidos.

**Ganador en 2017 del The Gilder Lehrman Prize
for Military History.**

**Finalista en 2017 del premio Golden Spur Award
- Western Writers of America.**

ISBN: 978-84-946275-8-3



P.V.P.: 27,95 €

**OTROS
TÍTULOS**